

(Pequeño Châtelet.)

EL CHATELET GRANDE Y EL PEQUEÑO EN PARÍS.

Antiguo castillo situado al fin del Pont-au-Change, sobre la ribera derecha del Sena. Se cree que esta fortaleza ha sido construida en tiempo de Julio César ó bajo el emperador Juliano. Estaba defendida por muchas torres y rodeada de fosos profundos, llenos de agua viva, alimentados por el Sena. Los normandos lo atacaron inútilmente en 886.

La existencia más conocida de este monumento, tal como la reflejan los diferentes historiadores que de él hablaron, no se revela hasta el reinado de Luis VIII; se le designa hacia esta época bajo el título de *Châtelet del Rey*.

Cuando Felipe Augusto ensanchó la cerca de París, esta fortaleza vino á ser inútil para la defensa de la ciudad, y se estableció en ella la jurisdicción del prebostado que se dividía en cuatro secciones: la *audiencia del parque civil*, la *presidial*, la *cámara del conde* y la *cámara criminal*. Habiéndose reunido todas estas jurisdicciones en un solo cuerpo, tomaron el nombre de *Tribunal del Châtelet*.

Este edificio fué reparado y considerablemente agrandado en el reinado de San Luis, desde 1242 á 1267. Los condes de París lo habitaban hasta fines del siglo XII, los cuales fueron reemplazados por los prebostes de los mercaderes.

La facción borgoñona, que asedió al Châtelet grande y al pequeño, mató en ellos el 42 de junio de 1418 á todos los prisioneros que había dentro; sus cuerpos, arrojados desde lo alto de las torres, eran recibidos en las puntas de las pizas. Se hace ascender á cuatro mil el número de las víctimas de esta horrible carnicería, todas pertenecientes al partido de los armagnacs.

El 14 de noviembre de 1391, el consejo de los Diez y seis mandó prender y atorrar en la cámara del Châtelet grande, sin proceder juicio, á Brisson, presidente del parlamento, y á los consejeros Claudio Lancher y Tardif, por imputarles que favorecían el partido del rey.

El Châtelet grande fué construído de nuevo en 1684. Dulauve refiere acerca de esto la anécdota siguiente: Se había decidido que durante la construcción, el tribunal se iría á los Grandes-Augustinos; pero los monjes no quisieron ceder el convento. Entonces se resolvió sitiarlo y apoderarse de él por fuerza. Hubo muchos combates y asaltos encarnizados, en los cuales perecieron un gran número de religiosos. La victoria, como ya se supondrá, quedó por el partido de la corte, que se instaló provisionalmente en aquel edificio. Después de estas puevas construcciones, solo quedaron de la antigua fortaleza algunas torres vetustas é inofensivas.

En 1776 todavía se veía sobre la abertura del mostrador, bajo el arco del Châtelet grande, una mesa de mármol con estas palabras: *Tributum Casaria*. Allí era sin duda donde se centralizaban todos los impuestos de los galos, costumbre que parecía perpetuada, pues una providencia del consejo hace mención de los «derechos dominicales que se arrobumbaban á pagar en las rejas del Châtelet».

Entre los calabozos que había en el Châtelet grande, se cita el de *Fuso*, al cual se bajaban los presos por medio de una polea; allí tenían los pies en el agua, y se morían de ordinario á los quince días de entrar.

Doscientos diez y seis prisioneros detenidos en los calabozos de esta fortaleza, fueron degollados cuando los asesinatos de las prisiones en setiembre de 1793.

El Châtelet fué demolido en 1802. En su lugar se encuentran hoy la plaza y la fuente del mismo nombre.

El Châtelet pequeño estaba situado á la estremidad meridional del puente pequeño, llamado así para distinguirlo del puente grande, hoy Pont-au-Change. El Châtelet pequeño, que antiguamente servía de puerta de ciudad, defendía al mismo tiempo sus contornos. Su origen se remonta á la misma época.

El 20 de diciembre de 1296, una avenida del Sena derribó el puente y el Châtelet, y Carlos V construyó de nuevo el último en 1369, y sirvió luego de prisión de Estado. En 1402 se agregó este edificio á la habitación del preboste de París, y en 1782 fué demolido por causa de utilidad pública.

Bajo el pasaje oscuro que conducía al interior, se percibían en tiempo de Luis IX los derechos de entrada de las mercancías que llegaban á la ciudad. Una tarifa, citada por Sainte-Foix, dice que el mercader que entrase un mono para venderle, pagaría cuatro dineros; y que si el mono perteneciese á un juglar, este no pagaría peaje ni por el mono ni por nada de lo que llevase para su uso, con tal que hiciese bailar á aquel delante del peajero.

Mencionaremos en este lugar una antigua costumbre que parece general en aquella época en los tribunales superiores de Francia: la famosa *ceremonia de las rosas*. Era una especie de libelo, cuyo origen no nos es bien conocido; tampoco se sabe en qué época dejó de existir esta costumbre.

Todos los años pagaba el rey un *derecho de rosas* al parlamento y á todos los tribunales del reino. El mismo derecho pagaban religiosamente los príncipes y demás señores cuando eran elevados á la dignidad de par de Francia. Estos últimos presentaban por sí mismos sus ofrendas en sesión solenne: el rey las enviaba generalmente por el

gran maestría de ceremonias. Cada miembro del parlamento ó del tribunal recibía un ramillete y una corona de flores.

Un poco antes de la audiencia se hacia cubrir de rosas, flores y yerbas fragantes el piso de todas las habitaciones. y la ceremonia terminaba con un espléndido almuerzo ofrecido á los presidentes y á los consejeros, y en el cual tambien tomaban parte los carabineros y los uqieres.

En la plaza del Chatelet era donde tenia lugar la representacion de los *Misterios*, tan populares en aquella época.

MANGO INGA,

conocido después por **Mauco Inca,**

último rey del Perú.

(Conclusion.)

Juntos Pizarro y Mango Inga salieron de Vilcabamba, dirimiendo aquella noche en Nazqumá, en donde fué entregado el prisionero Chulcochima á las tropas para que hicieran de él lo que quisieran. Este indio temible, considerado enemigo capital del Inga, se dispuso, y así se ejecutó inmediatamente, que se le quemase á presencia de todos para que fuese la noticia á su compañero Quisquis, y fuese para aquel castigo y á los demás ejemplo.—Llegaron por fin al Cuzco, en donde fueron recibidos los españoles con grande ostentacion y lujo.

IV.

La audacia del indio Quisquis obligó al Inga á salir del Cuzco con el fin de matarlo y destruir su generacion. Se ofreció Pizarro acompañarlo, pero aquel lo rehusó, consintiendo únicamente en llevar á su lado al capitán Antonio de Soto y cincuenta soldados. En un pueblo llamado Capi, á quince leguas del Cuzco, alcanzaron al traidor Quisquis, en donde hubo una reñida batalla de la cual se salvó huyendo de entre los suyos, sin ellos saberlo, pero desbaratando toda su gente. Regresaron victoriosos al Cuzco, y Mango Inga mandó, bajo pena de la vida, que todos sus vasallos huyesen á los españoles como á casa del Viracochan: que se les diera indios para el servicio de su casa y se les proveyese de todo lo necesario. Hecho esto, reunió otra vez su gente para salir en seguimiento del rebelde Quisquis, con ánimo resuelto de no volver al Cuzco hasta no traer su cabeza. Dió las órdenes convenientes para el gobierno del pueblo durante su ausencia, dejando el mando á Paulla, su hermano, Tuve y otros capitanes; y despidiéndose de Pizarro, salió llevando consigo á Soto con su compañía de españoles. Hicieron jornadas cortas hasta un pueblo llamado Vinchu, cincuenta leguas del Cuzco, adonde encontraron los mensajeros que de la batalla de Capi habian enviado tras del rebelde; pero estos le dijeron que ni rastro ni noticia alguna tenían del traidor, salvo que sus capitanes se encontraban dispersos, dando saltos por toda la tierra.

Sin embargo de esto, Mango Inga queria pasar adelante; pero Pizarro, conociendo en su alta penetracion que podrian volverse las armas de los indios contra los españoles, les escribió cartas, significándole que regresara á su capital, pues no podía soportar la soledad en que estaba por su ausencia. Dócil el Inga, se volvió al Cuzco, no sin haber tomado sus disposiciones para que persiguieran hasta Quito, si era necesario, al traidor Quisquis, el cual se supo á poco tiempo que sus mismos capitanes le cortaron la cabeza por sus bellequerías y traicion contra el rey.

Dueño ya el Inga de la soberanía del Perú, sin que nadie se le disputara, sossegado y contento por la posición en que le habia puesto su confederacion con los españoles, su primer cuidado fué hacer un llamamiento para que todos, por cabezas, dieran tributo á Pizarro. Por su parte, mientras que se juntaba el tributo, le dió gran suma del tesoro que tenia de sus antepasados; pero este mandato sentó muy mal entre los indios y los disgustó de tal manera, que muchos de ellos se resistieron á obedecer. No obstante, empleados los medios de la violencia, hubieron de juntar tanta riqueza, que los españoles quisieron volverse á su tierra; mas no les dejaron partir, consintiendo únicamente que enviásemos mensajeros con mucha parte del tesoro á su emperador D. Carlos.

De este modo quedó por entonces arreglado el asunto; pero viendo los indios que la codicia de los españoles no tenia limites, para no verse estrechados á otro tributo, y erociendo día en día el disgusto, determinaron en secreto arrojar en los lagos mas profundos sus riquezas. Así lo hicieron una noche con la gran cadena de oro, de setecientos plégs de larga, mandada construir por Guai-Nacopaz para que diese

vuelta á toda la plaza del Cuzco; joya que apetecia Pizarro como la mara villa del mundo en este género y como el mejor trofeo de su conquista.

Estos hechos y otros que la opinion, pronunciada ya contra los españoles, demostraban con evidencia el compromiso en que estaban, obligó á Pizarro á juntar en consejo á sus capitanes para determinar lo que habian de hacer. No les quedaba otro camino que salvarse por medio de un golpe alevoso, ó resignarse á luchar contra el peligro que les amenazaba. Acordaron pues prender al Inga, porque no le creian con fuerza bastante para conjurar la tempestad que ya tronaba sobre sus cabezas; como lo acordaron, así lo hicieron sobre la marcha.

Puesta toda la fuerza sobre las armas, enviaron cien españoles al palacio que habitaba el rey, y cobándole mano le dijeron:

—Hemos sabido, Mango Inga, que te quieres levantar contra nosotros y matarnos como lo pensó tu hermano Hualpa en Caxamarca. Por tanto, sábetelo que manda el gobernador Pizarro que te prendamos y echemos cadenas como á tu hermano para que no seas parte en hurtos mal.

—¿Pues qué es libre yo, les contestó muy alterado, para que me trateis de esa manera estándome como á un carpintero? Así me pagáis la buena obra que os hice en mataros en mi tierra. ¿Y sois vosotros los enviados por el Teel Viracochan? No es posible que vosotros seais sus hijos, pues pretendéis hacer mal á quien os hizo tanto bien.

—Es, capay Inga, no des escusas, porque bien sabemos que te quieres alzar con la tierra. Oid, mozos, dad acá unos grillos... y sin mas respeto ni miramiento se los pusieron en los plés.

—Verdaderamente, dijo el Inga cuando se vió aprisionado de aquella manera, que vosotros sois hijos del Supay (voz de demonio en su lengua) y no viracochas. ¿Qué queréis de mí? les preguntó con ira.

—Nada queremos ahora, le replicaron, sino que estes preso.

Y se marcharon á casa de Pizarro á darle parte de lo que habian hecho, dejando no obstante dos centinelas. En esta forma lo tuvieron dos dias, muy en guardia por si el pueblo se levantaba; pero lejos de eso, el pueblo murmuraba en secreto, refiriendo por tradicion los amores de su padre con la sacerdotisa del Sol, y la profecía en el templo cuando gritó el gran sacerdote:

—Anda, sacrilego mozarca, camina á tu perdicion. Tus vicios son precursores de la caída de tu imperio, y mientras el fuego celeste se estingue en el templo, el gran lago vomitará hombres armados de rayo y cubiertos de hierro, que destruirán tu raza.

Los españoles que vieron la frialdad con que el pueblo del Cuzco tomó la prision del rey Inga, se animaron á continuar sus habituales exigencias. Sin embargo, como eran pocas, desconchaban de los indios, y todo su afán era volverse á la madre patria, con las mayores riquezas que pudieran recoger. Así se comprende que juntos Hernando Pizarro, Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, hermanos del héroe gobernador, con otros varios soldados de la fuerza, visitaron á Mango Inga en la prision.

—Háame diablo, señor Inga, le dirigió la palabra Gonzalo, que queréis levantarnos con toda la tierra y matarnos. Si esto no es cierto, bueno será que redimas tu prision dándonos alguna oro y plata, que es lo que venimos á buscar, y después te soltaremos.

—Aunque le solteis vosotros, exclamó Hernando Pizarro, y dá mas oro y plata que cabe en esta casa, por mi parte no le pondré en libertad si no me dá primero á la señora Coya su hermana. La quiero por mi muger, porque la he visto y es muy hermosa.

—Decidme, les contestó el Inga atongojado, ¿os manda el Viracochan que toméis por fuerza la hacienda y las mugeres de nadie?... No se usa esto entre nosotros, y bien digo yo que sois hijos del Supay, nombre que damos aquí al demonio. Marchaos, que yo haré lo que pudiere y enviaré la respuesta.

En este compromiso se encontraba Mango Inga, cuando por recobrar su libertad, envió un parlamento á todos los capitanes de su tierra, invitándoles á que contribuyeran con el oro y plata que pudiesen, con el fin de contentar la nueva exigencia de los españoles. Es de advertir que el parlamento salió por medio de mensajeros desde el Cuzco, como ciento y cabeza del reino, que segun la geografia de los indios, consistia de mil doscientas leguas de largo y trescientas de ancho. El oriente lo conocian bajo el nombre en su lengua natal de *andessuyo*, al norte le llamaban *chindosuyo*, al poniente *condesuyo* y al sur *collasuyo*. Estaban en la creencia que no habia mas mundo que su país, y por esta razon se nombraban los reyes del Perú *señores de las cuatro partes del mundo*.

Verificado el llamamiento, respondieron satisfactoriamente mas de diez mil vasallos; pero no pudieron menos de manifestar al Inga sus capitanes, cuando le vieron en tan triste estado, que habia errado mucho en dejar entrar en su reino aquella gente. Sin embargo, le ofrecieron juntar su tesoro para redimir la vejacion que ya no tenia remedio. Así lo hicieron, y en breve tiempo volvieron con sus alhajas de oro y plata, las cuales se repartieron á costales por Hernando Pizarro

entré sus compañeros, pues siendo en gran cantidad tardaban mucho en el peso.

Soltado ya el Inga de su prisión, hubo recíprocos cumplimientos y protestas de los españoles de no volverle á molestar. Pusón pues juntos á comer con gran regocijo y contento.

No habían pasado tres meses, cuando los españoles recibieron un considerable refuerzo de gente. Francisco Pizarro partió para Lima, y su hermano Gonzalo, constituido ya en autoridad, con vara y mazo en el Cuzco, prendió segunda vez al rey Inga en medio de un festín que celebraba con sus amigos, prestando que quería levantarse aquella noche contra los españoles con la mucha gente que tenía reunida. Aseguraron su persona con grillos y cadenas, y entonces el Inga lleno de furia les dijo:

—Andais jugando conmigo haciéndome burla! ¿No sabéis que yo soy hijo del sol, y que os harán pedazos á todos si mi tierra se escandaliza de vuestro mal comportamiento? Sois unos ingratos y dignos de compasión.

—Si os prendemos, capay Inga, le contestaron, es á nombre del emperador de España y no por nuestra autoridad. Si queréis otra vez libertad nos habeis de dar mucho mas oro y plata que el otro día; y tambien á la señora Coya vuestra hermana, dijo Gonzalo, para casarme con ella. En lo demás, susiégnese vuestra merced y repose un poco, dando orden mañana de juular el tesoro y que se nos entregue á la Coya.

Tal audacia por parte de los españoles alborotó á todos los criados del Inga y á los capitanes y su gente que estaba en la plaza, los cuales vinieron á saber lo que pasaba, y maravillados al ver á su rey cargado de grillos, con grande exclamacion se preguntaban: ¿Qué es esto... qué es esto? Entonces, un indio temible, llamado Vila-oma, que se tenía por general y que gobernaba la tierra, se presentó á los españoles en tono amenazador haciéndoles cargos de su injusto proceder contra su rey y señor, y pidiendo que se le pusiera en completa libertad; pero Gonzalo Pizarro, con objeto de meter miedo á Vila-oma y otros indios que le acompañaban,

—¿Quién te manda á ti hablar, le dijo, con tanta autoridad al corredor del rey? ¿Sabes qué gente somos los españoles? Calla, juro á tal, que si me enludo, mandaré hacer fuego contra ti y tus compañeros, os abrasaré vivos y os haré pedazos. Mira quién lo manda á él parlar con tanta autoridad delante de mí! Acabad pronto, daos prisa y presentarnos los dijes y las joyas de oro de vuestras familias si queréis que suelte de la prisión á Mango Inga.

A los dos meses conducirían muchos indios con las joyas y riquezas que pudieron recoger, y presentadas á Pizarro, exigió además á la señora Coya. Viendo el rey que no se podía evadir de los españoles sin otorgarles lo que pedían, mandó sacar una india hermosa, bien peinada y aderezada, para darla en lugar de su hermana, pero la rechazaron porque no era la Coya que pretendían.

A pesar de la insistencia de Gonzalo Pizarro para que se le diera por muger á la Coya (nombre de reina en lenguaje indio), no lo pudo conseguir, porque el Inga presentó otra joven muy parecida, llamada Inguil, que quiere decir flor, muy aderezada y vestida ricamente, ni mas ni menos que la Coya. Era joven tan hermosa, que Gonzalo, no pudiendo contener el sentimiento amoroso, se fué derecho á ella á besarla y abrazarla como á su muger legítima, lo cual escitó la admiracion de todos los españoles que lo presenciaban, y á la joven india llenó de espanto y de pavor al verse estrechada en los brazos de gente que no conocía. Así fué que dando gritos y corriendo de una á otra parte como una loca, decía con sencillez: «que no quería ver á tal gente y que antes de irse con ellos, primero huía.» Pero el rey, viendo que tanto rehusaba irse con los españoles, le mandó con mucha furia que se fuese con ellos, obedeciendo ciegamente, más por temor al enfado del monarca, que por simpatía del corazón.

Se hicieron pues las paces segunda vez, estrechando al parecer la amistad, en términos, que puesto en libertad Mango Inga, se lo llevaron á comer á casa de Pizarro, donde hubo mucho regocijo y gran fiesta.

V.

En la confianza que inspiraba á Mango Inga la nueva alianza con los españoles, la tranquilidad y consideracion hacia su persona, determinase á convocar á sus súbditos á la gran fiesta conocida en su rito por la fiesta de los vacacos. Esta fiesta, la mayor que conocían los indios en todo el año, tenía por objeto el tomar las personas su nombre definitivo, á semejanza de la que usan los cristianos cuando reciben el sacramento de la confirmacion. La ceremonia estaba reducida á un bautismo, en el cual se les oradaban las orejas á varones y hembras, cortándoles el pelo y lavándolos después. Pues esta gran fiesta se hacía con tanto lujo y ostentacion que los indios acudían á ella de largas tierras, empalanados con sus mas preciosos dijes y sus plumas de diferentes colores. Hecha la convocatoria por medio de mensajeros despa-

chados desde el Cuzco, se reunieron en la ciudad un crecido número de indios pacíficos de ambos sexos y edades, entre los cuales concurren tambien Vila-oma y muchos de sus mas notables capitanes.

Señalado el día para la gran fiesta, sacaron á Mango Inga en sus andas, como rey y señor de toda la tierra, revestido de la autoridad real al uso y costumbre del país, llevando delante sus cetros reales, que llamaban en su lengua *yarra*. El cetro principal era de oro macizo con sus grandes borlas de lo mismo: todos los demás que iban de acompañamiento con el rey llevaban tambien su cetro en la mano, el cual era la mitad de plata y la otra mitad de cobre. Mas de mil cetros guardaban las andas del rey, y con ellos y un crecido acompañamiento marcharon en procesion majestuosa cuarenta mil indios, hasta el llano que habia en lo mas alto del cerro llamado *Atanarque*, adonde se hacia la ceremonia del rebautizo.

Los españoles, asombrados de la muchedumbre, y radicosos al propio tiempo de la mucha plata que iba en los cetros, se pusieron en alarma y comenzaron á alborotar. Tirando de sus espadas,

—¡Oh bellaros! decian á los indios, vosotros queréis levantáros, pero no ha de ser así. Esperad, esperad. Y con este grito arremetieron á los que llevaban los cetros con vivos deseos de quitar el de Mango Inga; mas no pudieron llegar por la mucha guardia que tenía alrededor de sus andas. Sin embargo, cogieron cuantos pudieron, que fueron muchos.

Al ruido y gran tumulto de la gente se levantó el rey á ver lo que pasaba, y cuando supó que los españoles se habian desvergonzado de aquella manera, hollando la costumbre mas sagrada del país, alzó la voz diciendo:

—¿Qué es esto?

—Capay Inga, le contestaron los indios muy quejosos y casi llorando, ¿qué gente es esta que tienes en tu tierra, que no se contenta con tanto oro y plata como les hemos dado, sino que hasta nuestros cetros nos quieren quitar? Díles que nos devuelvan los que cogieron por fuerza, porque de su pérdida tendremos gran pena.

—¡Hasta cuándo, dijo el Inga á los españoles muy enojado, habeis de abusar de nosotros? ¿Todavía no estais hartos de plata que intento quitaros los cetros que traigo en mi fiesta? Estas son vuestras palabras amistosas del otro día. Si lo haceis por incitarme á que me levante con mis fuerzas, esplicaos, andaré yo aprehido y mi gente no estará tan deseudada.

—Señor Mango Inga, replicaron los españoles, no deseamos dar pena alguna á vuestra merced. Algunos soldados, recelosos de vuestro poderío y por pasar el tiempo, cometieron este atentado, cuyos cetros devolvemos.

Así terminó la fiesta de los vacacos con quietud y sosiego, porque los españoles dejaron á los indios solos y se retiraron á sus casas en virtud de orden espresa de Gonzalo Pizarro. Sin embargo, este fatal incidente decidió al Inga en secreto á fugarse del Cuzco y levantar toda su gente. Se puso de acuerdo con su *macha-capita*, esto es, su general Vila-oma y otros esfortados capitanes, que todos juntos acordaron destruir los españoles. Desde el Cuzco, sin apercibirse de ello los españoles, salieron á las cuatro partes del reino los generales indios Vila-oma, Lilliali, Suravaman, Rompa-Impanqui y otros muchos mensajeros á juntar la gente armada. En menos de veinte dias ya traían estos caudillos sobre el Cuzco mas de cien mil hombres, y cuando lo supo Mango Inga, una mañana muy temprano se fugó á Calica, distante cinco leguas del Cuzco, bajo pretexto de que iba á cazar.

Reunido con Vila-oma, á quien dió el mando de todas las fuerzas, los españoles conocieron el peligro á que los habia espuesto su audacia y sus atropellos injustificables. Juraron, no obstante, defenderse hasta morir; y puestos en pié de guerra, rebluzaron tambien la gente negra que pudieron y algunos indios de su bando. A Juan Pizarro se le encargó prender de nuevo á Mango Inga ó matarlo, y ordenando medio escuadrón de españoles salió por la vía de Calica con objeto de apoderarse del rey por medio de una sorpresa. Al llegar los españoles al puente del rio de Calica tuvieron una refriega, en la que los indios que lo guardaban, defendieron el puente palmo á palmo. Pizarro, viendo frustrada su idea y la gran hostilidad de los indios, se contentó con desalbarlos en campo raso, regresando otra vez al Cuzco, pero perseguido por muchos indios que le seguian dando grita y alaridos. Llegaron en retirada á Carmunga, término del Cuzco, y habiendo pedido socorro á sus compañeros, tuvieron otra gran refriega con la gente que los seguía, viéndose precisados á encerrarse en el Cuzco.

Puede decirse que desde este momento tuvo principio el famoso cerco del Cuzco, sitio en el cual se vieron tan comprometidos los españoles, que se batieron heroicamente, desesperanzados de poder vencer á un ejército de mas de cien mil indios que cargaron sobre ellos para hacerlos pedazos. En tan grave peligro no omitieron medio para deshacerse del Inga, y al efecto le escribieron cartas muy amistosas rogándole que viniera entre ellos al Cuzco. Hicieron mas, enviaron á un primo del Inga, llamado Pasac, armado de un puñal para matarle al

tiempo de hacerle el homenaje, que los indios conocían por haber la mocha. En su carácter orgulloso le hicieron concebir la esperanza de que muerto Mango Inga se le alzaria por rey en premio de tan brava hazaña; pero un español cuyo nombre quedó sepultado en la ignorancia, no queriendo desmentir la hidalguía castellana, le avisó la trama diciéndole:

—Sábete, Mango Inga, que tu primo Pascac piensa matarte con un puñal que lleva escondido debajo de la manta cuando vaya á hacerle la mocha. Guarda tu persona mucho y que no te coja en la ignorancia.

Con este aviso dado por el español que lo había tenido de servidor en su casa, no dudó un momento de que sería verdad la confidencia, y así fué que, encontrándose prevenido el Inga de otro puñal para

volverse las tornas, llegó en efecto Pascac á su presencia, quedando este muerto á puñaladas, sin que nadie osase hablar palabra.

Cada día que pasaba crecía el tumulto de la gente que al mando de Vila-oma venían al cerco del Cuzco; todos se aprestaban á un sangriento combate; pero un día de mañana, á cosa de las nueve, estando los españoles en escuadron en la plaza con toda su gente, asomaron por todas las puertas del Cuzco con muchos chiflos, bocinas y trompetas.

Esa fué la señal de acometer Vila-oma con su ejército, reforzado de mas de ciento diez mil indios. Formando una masa compacta atacaron por cuatro puntos, estrechando el cerco á los españoles con una muralla de hombres que ocupaba media legua. Quedó suspenso el asalto



(Cuzco grande.—Véase la página 530.)

por venir la noche y hasta recibir la orden del Inga, que continuaba en Calca. Mientras tanto dió la orden el general Vila-oma que bajo pena la vida nadie se moviese del lugar que ocupaba, preguntando en seguida al rey: si los mataba á qué hacia de ellos, porqué estaban cercados y en grande aprieto.

El rey contestó que los tuviese en aquella congoja, pues que él vendría al día siguiente y los acabaría; resolución que disgustó á Vila-oma porque quería acabarlos luego.

Obedeciendo la orden del rey se pregonó otra vez por todo el ejército, que nadie se moviese del lugar que estaba, bajo pena la vida, y que se soltase las acequias de agua que había á la redonda del pueblo para que anegase los campos y no pudiese huir la caballería del todazal.

Esta disposición, y la mucha gente que los cercaba, desanimó de

tal modo á los españoles, que acudieron á Dios, pasando una noche en la iglesia orando de rodillas casi toda ella. Creyeron con fundamento que habían llegado sus postrimeros días; no veían remedio de salvarse, y mucho mas los entendía el escarnio y la bafa de los indios, que alzándoles la perneta, daban saltos y Brincos de alegría, tirándoles muchas piedras á los toldos y empezando á quemar las casas, protegidos por la nube de flechas que los *cañigandca* (voz de cazadores) les disparaban.

Otro día bien de mañana, cuando rayaba el crepúsculo matutino, salieron todos los españoles de la iglesia, montaron en sus caballos á guisa de pelear hasta vencer ó morir. Conociendo la estrategia de guerra mejor que los indios, y como un arrojado de valor personal, á la desesperada metieron espuelas, rompiendo un portillo del cerco y

robando á correr, por una cuesta arriba. Los indios, como los vieron salir, gritaban desalentados:

—Ah que se van á Castilla!... ah que se van á Castilla!... Atajados y perseguidos; no les dejéis sosegar.

Con esta evolucion consiguieron los españoles deshacer el cerco, entrando la confusión en los indios porque todos corrían tras ellos, avisando á los guardas de los puentes para que no se pudiera escapar ninguno. Viendo que un tropel tan grande les perseguía, volvieron la rienda á sus caballos, dando la vuelta por un cerro, llamado *Quansalla* para coger las espaldas de la parte por donde estaba el general Vilafuente. Este había entrado ya en el Cuzco con toda su tropa, tomado la fortaleza llamada de *Sacraguaman*, desde donde se pelearon fuertemente.

Los españoles, sin embargo, en lo más recio del combate por dentro y por fuera de la ciudad, cogieron las cuatro puertas de la fortaleza; pero desde sus muros, que eran muy fuertes, les arrojaban los indios muchas galgas, hiraban muchas flechas, muchos dardos, muchas lanzas, muriendo con gloria en este combate el valeroso Juan Pizarro, dos negros y muchos indios de los de Caxamarca que les ayudaban. Acabada la munición de las galgas á los de Vilafuente, los españoles tomaron la fortaleza por fuerza, matando y destrozando cuantos indios encontraban; de modo que fué un sangriento combate por ambas partes.

Duró esta decisiva batalla tres días después, porque en seguida, reforzados los indios, volvieron atacar el fuerte perdido, pero sin éxito alguno: vino la noche y las tropas se replegaron á sus sitios. Al día siguiente tomaron á la batalla con más coraje que nunca; despechados unos y otros pelearon hasta correr en abundancia la sangre, obligados por fin los españoles á replegarse al fuerte de *Sacraguaman*, hicieron el último esfuerzo que les dió la palma de la victoria. Salieron todos de tropel del fuerte. Arremetiendo á los indios con gran esfuerzo, se pronunciaron estos en retirada hacia *Callca*, matando en el camino hasta el río *Inca* y los dispersos que encontraban y desbaratando por último el grueso de la gente.

La derrota de *Mango Inca* fué tan completa, que desde esta memorable batalla, en la cual llevaban los indios la probabilidad de la victoria, *Gonzalo Pizarro*, en ausencia de su hermano *Francisco*, mandó ya solo en el Cuzco á nombre del rey de España, como señor de aquellos vastos dominios.

Así cayó para siempre el imperio de los Incas, sin duda porque en los arcanos de la Providencia decretado había que un puñado de españoles valientes derrocaran la idolatría de aquellos países. De otro modo más parecería una fábula lo que á los ojos del mundo fué una realidad. Y cayó para siempre el rico imperio de los Incas del Perú, como desaparecieron á su vez el imperio de los Césares, el de los Daríos y el de los Alejandro de Grecia.

Desconcertado el ejército de *Mango Inca* se retiró este con sus indios á un pueblo llamado *Tambó*, en donde quiso hacer un fuerte; pero seguido por el capitán *Diego Ordoñez*, fué desalojado de allí, refiriéndose á los Andes. Despidióse por un parlamento á los indios, que en Europa se llama *proclama*, camino errante de pueblo en pueblo, siempre en contiñas refriegas con los españoles, hasta que por fin de su vida le asesinaron jugando á las bochas en el pueblo de *Vitcos*.

El marqués de Cañete, primer virrey del Perú, hizo conducir á España al hijo del Inca, hecho ya cristiano, y á otros individuos de la familia destronada. Y... ¡cosa muy propia de la sucesión del tiempo! here cuatro años que há muerto, arrojándose en Cuenca ejerciendo la industria de zapatero. *D. Miguel Inca*, pensionado de gracia por el Estado como descendiente de la familia real del Perú.

JOHAN SAIZ MILANÉS.

CASTILLO GAILLARD DE ANDELYS.

Bajo el nombre de *Andelys* se comprenden dos pequeñas y antiguas ciudades del departamento del Eure, que solo están separadas por una calzada de un cuartito de legua. La historia de los *Andelys* trae á la memoria los recuerdos mas caballerescos. Fueron los principales teatros de las hazañas de *Felipe Augusto* y de *Ricardo Corazon de Leon*, pero todas los acontecimientos memorables de esta grande época se refieren á los trágicos anales del *Castillo-Gaillard*, cuyas ruinas majestuosas dominan el curso del *Sena*, y la pequeña *Andelys*.

Esta fortaleza fué construída por *Ricardo Corazon de Leon*. *Felipe Augusto* se apoderó de ella en 1204. Principió el ataque en el mes de setiembre, y esperó una viva resistencia por parte de los ingleses, que no se rindieron sino después de cinco meses de sitio, el 6 de marzo de 1204. La guarnición solo contaba ciento ochenta combatientes. Se refiere acerca de este sitio la anecdota siguiente: *Rogerto de*

Lasey, condestable de *Chester*, principiando á carecer de víveres, despidió á todas las bocas inútiles. Dos bandadas, cada una de quinientos ancianos enfermos, mugeres y niños, habían atravesado el campo de los sitiadores, y apenas habían pasado cuando presentándose otra de mil y doscientos individuos, fué rechazada por *Felipe* y hubo de volver á la fortaleza. Espuestos á los golpes de los dos ejércitos, sin abrigo y sin víveres, reducidos á alimentarse con la carne de los perros ó de los cadáveres de sus compañeros, ya habían perecido mas de la mitad, cuando *Felipe*, compadecido de su suerte, les distribuyó víveres y les permitió retirarse.



(Castillo Gaillard de Andelys.)

El *Castillo-Gaillard* aun sostuvo otros dos sitios memorables: el uno de siete meses, en 1418, contra los ingleses, y el otro de seis, en 1449, contra los franceses. Esta fortaleza, en parte labrada en la roca, fué desmantelada en el reinado de *Luís XIII*; pero sus ruinas todavía son muy pintorescas. Vense en los fosos que las rodean unas casamatas, en las cuales, durante los sitios, se encerraban los caballos y las provisiones.

ESPECIACION ESPAÑOLA CONTRA ARGEL.

(1775.)

Los argelinos, que de tiempos remotos tenían por su mas constante ocupacion la piratería, en daño y afrenta de la cristiandad, mas que á otra potencia perjudicaban á España por estar situados enfrente de sus costas. A fin pues de reprimir la osadía de aquellos bárbaros, resolvió el rey *D. Carlos III* mandar una expedicion para apoderarse de aquel nido de piratas. Encargóse la expedicion al conde de *O'Reilly*, al que acompañaba mandando el convoy el famoso *D. Antonio Barceló*. Hallábase formado este convoy de uno que llegó de *Cádiz* en los últimos días de mayo, y de otro que había ido anteriormente de *Barcelona* á *Cartagena*, que era la plaza de donde había de salir la expedicion, y donde se hallaban los generales, y no faltaba nada al parecer para que este armamento se hiciese á la vela. Sobre su destino no se sabía de cierto; si bien la mas válida opinion era que se dirigía á la conquista de *Argel*.

Como esta parecia empresa muy ardua por ser la plaza que se iba á espugnar muy fuerte y defendida, y situada en país enemigo, se suponía que el gobierno español tendría en aquella regencia algunas secretas inteligencias que favoreciesen su intento, ó cuando menos que llevarían los generales exactas y puntuales noticias de las circunstancias de aquel país y de todo lo que pudiese contribuir al buen éxito de la empresa.

Hízose á la vela la escuadra el 25 de junio, llevndo veintidos mil hombres de buenas tropas; pero habiendo cambiado el viento se mandó á las naves de transporte diesen fondo en el puerto de la *subida*, manteniéndose los de guerra á la caza. El día 30, que mejoró el tiempo, se hizo señal de emprender el viaje: la capitana lo ejecutó con otras ciento cincuenta velas y dos fragatas toseanas que se incorporaron al paso; pero los demás buques no pudieron practicarle por haberles fallado el viento antes de salir de la ensenada.

El día 50 al amanecer descubrió la escuadra las torres de Argel, y á las once de la mañana entró en la bahía dando fondo fuera del tiro del cañon de la plaza y del de las baterías que defienden la playa, notándose desde luego que estas habían sido colocadas con conocimiento, que los enemigos tenían siete numerosos campamentos, y que varios trozos de caballería que se cruzaban, observaban los movimientos de los españoles.

A las nueve de la noche del mismo día, al disparar la capitana el cañonazo de retreta, comenzó un tiro tan vivo y repetido en toda la costa, que por los innumerables fogonazos que á un mismo tiempo lucían se echó de ver la muchedumbre de los argelinos que estaban dispuestos á la defensa. Esta vistosa salva de fusilería que ejecutaron, al parecer, como alarde de su valor y deso de pelear, lejos de intimidar á los españoles les infundió mayores ánimos viendo que toda aquella ostentación de fuerzas lo había causado un solo cañonazo.

Al día siguiente, 1.º de julio, arribó lo restante del convoy y se principiaron á dar órdenes para el desembarco, que se dispuso por la playa situada entre las dos baterías del río Ariché y de la casa del gallego, distante legua y media de la plaza; pero habiéndose alterado el tiempo fué necesario revertir la orden. Pasaron dos días, y habiendo comprendido los jefes que en la playa llamada de la mala mujer, distante siete leguas al poniente de Argel, había menos resistencia, se dió la orden de practicar en ella el desembarco. El mal tiempo, y el no haber la tropa recibido todavía las municiones e instrumentos para levantar tierra, impidieron su ejecución. Revocose la orden, y al día siguiente se mandó que al amanecer del inmediato se habla de practicar indefectiblemente, mas había de ser entre el río y la casa del gallego según la orden anteriormente dada. El mal tiempo impidió también esta disposición; mas para el día 7 estuvieron ya las tropas en las lanchas, y el no haberse logrado consistió en que muchos barcos no concuerrieron con los suyos á la hora prevenida.

Todas estas demoras, órdenes y contraórdenes, como también el no contar con ningún confidente en el país enemigo, desazonaron mucho á aquellos que iban creídos en secretas inteligencias, ó al menos en un plan bien dispuesto, fundado en el conocimiento del terreno y circunstancias de los contrarios; por lo que se puede asegurar que cualquiera otra tropa que no hubiese sido tan decidida como esta, hubiera caído en un abatimiento de ánimo en extremo fatal y peligroso.

El día 8 al cañonazo del alba se hallaron ocho mil hombres en lanchas divididas por brigadas; de allí á cuatro ó seis minutos siguió otro cañonazo, á cuya señal principiaron á disparar los navios y fragatas contra las baterías y playa del desembarco, y con breve intermisión comenzaron á remar los marineros con tal empeño que en muy corto tiempo pusieron las tropas en tierra. En esta ocasión ocurrió un accidente que aunque en sí de poca importancia contribuyó á entusiasmar á la tropa, y fué que al atravesar las lanchas por la proa de una de las fragatas toscanas que cañoneaba con mucho acierto la playa, se asomaron muchos oficiales, tropa y marinería al pasaman, y tirando los sembreros al aire, con alegres aclamaciones en su idioma anunciaban á los españoles la victoria. Hizo esta escena tal impresion en los soldados, que aumentó el deseo de llegar cuanto antes á las manos con los argelinos.

Ejecutose el desembarco sin oposicion alguna: conforme saltaba la tropa en tierra corría intrépidamente á formarse en un ribazo situado á unos doscientos pasos de la mar, y siendo el terreno arenal pesado, y no queriendo ninguno ser el último, llegaban al puesto casi sin aliento. Mandose formar en columna; pero habiendo notado una partida de moros á caballo que venia á todo correr se mandó formar precipitadamente en batalla á seis en fondo. Entonces fué cuando principió la confusion y el desorden; porque no bien estaba la tropa formada cuando principiaron á llover balas sobre ella, sin que fuesen vistos los que las disparaban por hacerse á cubierto de cerros de poca elevacion, trincherones, casas y árboles de que estaba cubierto el campo, y solo se percibían algunas pequeñas partidas de caballería de aquellos mas arrestandos que tienen valor para presentarse á cuerpo descubierto.

En tal situacion mandose avanzar á las compañías de granaderos y cazadores, y no bastando su fuego á contener el de los enemigos, empezó á hacerse toda la mal formada línea, ó por mejor decir, aquel desordenado cuerpo. Al cabo de media hora de tiro en que habían perecido muchos españoles y algunos por el mismo fuego de sus compañeros á causa de la mal ordenada formacion, se mandó cesar el fuego; pero la tropa estaba tan cebada en él, y veía llover tantas balas sobre ella, que aunque lo suspendia por algunos instantes volvía á hacerlo con mas ardor sin perder un palmo de terreno, ni manifestar cobardía, aunque teniendo á la vista todo aquel arenal cubierto de muertos, de moribundos y heridos, que por no poder retirarse por su pié lo hacían arrastrándose por la tierra.

Los moros continuaban el fuego con tanto teson, y aun con mas acierto que al principio, bien que manifestando siempre suma impericia en el arte militar; siendo cierto que si hubiesen tenido otra táctica

no hubieran escapado ningún español. Solamente con haber dejado avanzar sin oposicion hasta el punto donde no alcanzaba la artillería de las galeras ni de las fragatas toscanas que protegían las dos alas del ejército, cortando la comunicacion con la escuadra, lo que les hubiera sido muy fácil con la numerosa caballería que tenían apostada en las alturas, todos los españoles hubieran sido víctimas del furor de los moros. Dírese que este fatal revés, y el mal éxito de la expedicion, se hubiera evitado si el conde de O'Reilly hubiera tomado los consejos de D. Antonio Barceló, que conocedor de aquellas costas por lo mucho que las había cruzado, fué de parecer que antes de emprender ninguna operacion se debía despejar el terreno destruyendo las arboledas y casas que por allí había, lo que no quiso ejecutar el conde por una reprehensible confianza, atribuyendo á falta de valor las prudentes cautelas.

Viendo los generales la gran pérdida sufrida y la imposibilidad de hacer progreso alguno, dispusieron retirar el ejército á la orilla del mar, formando un alranchamiento, á cubierto del cual se mantuvo todo el día, bien que sin dejar de experimentar mucho estrago, particularmente por un cañon que lo cañaba.

Llegó la noche, y á favor de ella se fué retirando el ejército á los buques, sin que los enemigos lo percibiesen hasta la mañana siguiente, en la cual principiaron á hacer fogueras con los lagunas de los españoles, quemando en ellas los muertos.

El número de estos que quedó en el campo fué mayor que el que algunos pensaron, pues llegó á mil quinientos; el de los heridos fué también excesivo, y de ellos murieron un tercio, quedando muchos cojos, mancos y desfigurados, de modo que contando los muertos en el campo, los fallecidos en los hospitales y los estruados, se completa el número de cuatro mil. Quedaron también en poder de los moros diez y seis piezas de artillería.

Tal fué el éxito de la expedicion de Argel, cuyo desastre hizo grandísima sensacion en toda España, á lo que contribuyó el descalzo con que era mirado el conde de O'Reilly. La suerte fué tan fatal en esta ocasion á las armas españolas como lo había sido en otras, y España, que mas que ninguna otra nacion de Europa está llamada á tener establecimientos en Africa, no ha conseguido tener en ella colonia alguna considerable; á las armas francesas estaba reservada la gloria de conquistar á Argel.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

UNA CITA EN EL ALBAICIN.

CUADRO DE COSTUMBRES.

L.

Era el anochecer de una tarde de setiembre; el año no viene á cuento. Las calles de Granada, lugar de la escena, mostraban haber llovido poco antes, pues aun estaban húmedas y ostentando de trecho en trecho charcos no muy cristalinos del agua llovediza que se había estacionado entre las grietas y barrancos que tanto abundan, lo mismo en el Campillo de Granada que en la calle de las Armas de Sevilla, que en la Nueva de Cádiz.

Por este motivo el paseo del Genil se había visto desamparado aquella tarde de la elegante juventud granadina. Yo, que sin pertenecer á ella por mi nacimiento me hallaba entonces en aquella ciudad, desisti también de mis vueltas por la carrera, y me decidí á callejear; ocupacion de los vagos de solemnidad y de los victimas del espin. Yo pertenecía por entonces á los de primer género, es decir, á los que vagan por hacer algo, pues los únicos negocios que me habían llevado á la ciudad de los treinta y dos linajes (1), eran visitar su antiguo palacio de la Alhambra, saludar en ponderada vega desde la torre de la Vela, y oír una misa en la capilla donde duermen los Reyes Católicos el sueño de la eternidad.

Con estos antecedentes diré que pasaba por el Zacatín, que viene á ser en Granada lo que la calle del Carmen en Madrid, ó de las Sierras en Sevilla, calle ocupada por tiendas y tenderos.

Segun mi costumbre iba pensando en un grande hombre, y entonces era en Calderon, pues recuerdo que al murmurar para mis adentros la sentida admiracion que dice D. Carlos en *Mejor está que estaba*,

¡Mal haya el alino donde
es el desalino así!

por una feliz coincidencia vi pasar una hembra, á quien sin parecer plaguaria, pude aplicar aquellos versos. Como al fin esta aparecida y para mi incógnita muger será la heroína de mi historia (pues han de

(1) Giann Perez de Hita, *Exercicio cívico de Granada*.

haber mis lectores que esto no es fábula, sino una historia tan verdadera como otras muchas historias á quienes nadie aun se ha atrevido á negar semejante nombre), no estará demás, contándo, que la presente á VV. para que desde aquí se hagan amigos de ella; y á tí que no les ha de pesar, como sucede con muchísimas amistades, pues esta muchacha es lo más buena, discreta y virtuosa que puede hallarse, aunque al pronto no lo parezca.

Era una jóven como de veintifites años, alta, bien formada, blanca, el pelo no puedo asegurar de qué color era, porque lo cubria un pequeño manto de paño negro ribelendo con una franja de terciopelo, y que caía hasta un poco más arriba del talle; pero segun vi después, su color era castaño claro; y lo digo tan solo para satisfacer la curiosidad, principalmente de mis bellas lectoras, quienes por más que me lo nieguen, estarían ya deseosas de saberlo: un pañuelo de seda encarnada con flores, y un vestido de percal nuevo, que dejaba ver un pié chiquitito calzado con un zapato blanco no sé de qué, pues ni mis ojos ni mis manos llegaron allí, completaban su traje. Era salada y escudiguera, aunque no tanto como una sevillana, y modosita y recatada, pero menos que una madrileña. A la legua se conocia que no era una señora; pero también á tiro de ballesta se descubria que no era una mugerzuela.

Me calé los lentes, vi lo que llevo dicho, y me olvidé al instante de D. Carlos y de Calderon y de toda la cohorte de poetas sabios, héroes, dioses y semi-dioses.

Grande y verdadero es mi entusiasmo por todas las obras y hombres de elevada inteligencia, por libros como la *Divina* y *La vida es sueño*, por criaturas como Dante y el autor del *Quijote*; pero confieso mi flaqueza, deserto de sus banderas tan pronto como se fijan en mí dulcemente los ojos de una Elodora, de una Laura, de una Maintenon, y mucho más los de una niña tan graciosa y linda como la que es objeto de estos renglones. Bastante se me ocurre sobre este tema, pero ahora no es ocasion de filosofar, ni aun en broma, como hacen los grandes filósofos, y así prosigo con mi cuento. Comencé á seguirla; la noté, volvió el rostro, y pensando ser original, repetí por lo bajo:

¡Mal haya el alido donde
Es el desalido así!

Debí oír mi relacion, pues con un acento macho más retréthero que su cara, me contestó:

—Mi gracias, caballero, pero se ha equivocado usted.

—No sé en qué, niña hermosa, la repliqué; pero continuando á su lado.

—No soy yo lo que usted busca... con que así, prontito, quitele usted de mi lado... y hasta á guasa.

—Ni busco á nadie, ni puedo separarme de V., ni estoy de guasa como V. piensa. Solo deseo que me permita V. tener el gusto de acompañarla...

Y sin dejarme continuar, replicó:

—Gracias, no necesito de compañía; y se pasó á la otra acera.

Al ver esta decision por su parte, vino por la mia la indecision consiguiente, quedando por algunos momentos parado en el mismo sitio y sin determinarme á continuar la aventura ó á desistir generosamente. Es probable hubiera sucedido esto último si después de andar unos pasos no hubiese visto que mi desconocida volvió la cabeza, tal vez para mirar qué efecto habia producido en mí su granizada, ya para ver si de lejos continuaba siguiéndola, ó acaso por mera curiosidad. Es lo cierto que no bien hebe visto aquel ademán, cubrí nuevos bríos y se resolvió mi indecision, ¡mestá vez el héroe del siglo, el grande Napoleon, infundia menos confianza á sus veteranas tropas con las sencillas palabras que las dirigia en los momentos críticos, que la que inspira á un pertinaz en seguimiento de una bella, fierna mirada atrás en ocasion oportuna. Traslado á los experimentados: es cosa cierta y está probado.

A este tiempo ya estaba á la par soy, aunque por diversa acera, y ya tambien ella lo habia notado, segun indicaba la ligera sonrisa que entreabría sus labios.

Así continuamos por el Zacatín, calle de Elvira, hasta el Pilar del Turo.

Desde aquí tomó una calle estrecha y empinada, que creo llaman de la Calderería y que conduce al célebre barrio moruno de Granada, llamado el Albaicín. Apenas transitaba por allí mas gente que alguna criada que iba por aceite, una que otra vecina que salía de la tienda de enfrente, y el encargado de encender los farolillos que en las esquinas se veían, y que semejaban los que hace dos siglos alumbraban los muchos retablos é imágenes que habia por las calles y plazas, y que aun se conservan en algunas provincias de España, principalmente en Andalucía.

El sitio, la hora, y mas que todo su gracia y hermosura, á mi parecer mayor cada vez que la miraba, fueron bastante para decidirme

á hacerla otra interpelacion. Ella lo conoció, y sin esperar á que comenzara exclamó:

—No sea usted pesado. Ya le he dicho que no necesito acompañamiento. Así, lígame usted el favor de despejar.

—¿Pero será V. tan cruel que persista en su negativa? ¿Tan ingrata que viendo el interés que muestro por V., se empeña en negarme un favor que tan poco la cuesta?

—Eso es lo que usted no sabe... si señor que me cuesta... y puede costarme caro.

—¿Es V. casada?

—Si señor.

—Entonces tampoco yo quiero tal vez causarla á V. un disgusto. Únicamente la ruego me diga dónde y cuándo volveré á verla.

—Pues no es usted poco vivo é genio, contestó y se hechó á andar sonriendo graciosamente.

—Mucho, cuando tengo la fortuna de dar con niñas tan hermosas como V., la contesté.

Siguió su camino sin replicarme, y yo continué diciéndole no sé qué. Después de haber andado otro buen trecho sin hacer caso de lo que yo decia, se volvió de pronto, y con acento entre dulce y enojado prorumpió:

—Por última vez le digo que me deje.

—Me es imposible, respondí con firmeza.

Me miró un momento, y con aire de capitulacion, exclamó:

—Bien, otro día nos veremos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿En el Zacatín?

—No puede ser.

—¿Aquí?

—Tampoco...

Calló un instante, y con frases precipitadas, continuó:

—Sígame usted de lejos... y dónde me vea entrar, venga mañana á estas horas.

Saqué el reloj y dije:

—Las ocho.

—Pues bien, á las ocho.

—Hasta mañana, hermosa.

—Con Dios, y cuidao.

Dejó que se adelantara lo que las vueltas y revueltas de los calles que atravesaba me permitian para no perderla de vista, y así seguímos un rato. Llegó á una casa de aspecto regular entre las contiguas, llamó á la puerta, abrieron, volvió un poco la cabeza hacia donde yo estaba, entró y cerraron de golpe. Continué parado enfrente unos minutos, y vi el resplandor de una luz á través de los cristales de un balcón que habia sobre la puerta. A poco escuché el ruido de sus maderas que se cerraban. Permaneci allí unos instantes, pero todo estaba en silencio. Volví piés atrás, y después de andar unos quince ó veinte pasos torné la cabeza, pero ya no vi la casa ni el balcón. Seguí adelante sin hallarme á nadie. Al bajar por la cuesta de San Gregorio, vi que subia un hombre de sombrero calañés, y ya no volví á encontrar persona alguna hasta que desenboqué en la calle de Elvira. Por ella continué con direccion al Campillo, echando mis cálculos sobre la desconocida, que con su conducta confirmaba mi opinion acerca de la fragilidad y débil virtud de las mugeres, y maldiciendo del mal empedrado que me hacia andar á resbalones y trospies como un beodo.

(Continuará.)

FRANCISCO VILA.

INVITACION

A D. G. de C.

Los que juntais, felices trovadores,
el canto dulce al arpa regalada,
¿sabéis ya qué es amor y qué son flores?
¿habeis ido á los valles de Granada?

¿Oisteis el trinar de aquellas aves
y aquel eterno son de fuente y fuente,
y aspirasteis los hálitos suaves
que allí recoge el apacible ambiente?

¿Visteis la luna y la naciente aurora
y los rayos lucir de mediodía
á través de los arcos que la mora
mano partió en adre celosa?

¿Visteis caer los surtidores claros
entre los sotos de arrayan vestidos,
ó lamiendo, al caer, mármoles raros
en soberbios salones embutidos?

¿Visteis de adelfas y jazmin y lauro
la bóveda que en torno se dilata,
por donde corre, silencioso, Dauro,
y Genil, al correr, nieves desata?

¿Visteis los manantiales que destila
gota por gota sobre el hondo río
cuando á bañar desciende en la tranquila
onda, los piés Generalife umbrío?

¿Y la Silla del moro corpulenta,
y la fuente feliz del Aullano,
y la santa montaña que sustenta
entre eterno verdor templo cristiano?

¡Ay, si no, no canteis! Tristes reflejos
en belleza alcanzaron vuestros ojos,
y con que vieseis á Granada al lejos
os diera ya, cuánto cantais, enojos.

Sin perfume la rosa os pareciera,
y el lauro sin verdor, y sin blancura
las guirnaldas que lento entretejiera
al tenderse el jazmin por la espesura;

Y tuvierais por pálida la lumbre
de la luna que amiga os acompaña
á la cita de amor, y en su vislumbre
de la amante muger el rostro baña.

No, no canteis aun; mas presurosos
allí acudid por letras y sonidos,
y tales hallareis que delectosos
os hechicen el labio y los oídos.

Y entonces cantareis como se canta
sin querer ni pensar en aquel suelo,
donde invencible inspiracion levanta
la flaca mente y la rementa al cielo.

Y entonces enviareis á las hermosas
de esperanza y amor tales querellas,
que, cuando pareciesen desdeñosas,
tiernas, de hoy mas, os mirarán por ellas.

Direis de Bibarrambá el gran torneo
donde traicion trocó lanza por caña,
y del Alhambra el esplendor, trofeo
tras luenga lid, de la cristiana España.

Direis lo que sepais de los amores
de la sultana y de su amarga suerte,
y de cuando los claros surtidores
con sangriento raudal manchó la muerte.

Direis la saña opresa del guerrero
cautivo, el llanto de la dulce esclava,
los moros que venció el buen caballero
que contó en sus maestres Calatrava.

Y ¿qué importa cantar lo que cantaron
de esos valles y alcázares é historias
otros ya? ¿Por ventura se acabaron
las flores ó murieron las memorias?

¿No corre mayo como siempre verde
por las orillas de Genil risueñas,
y el oro Dauro de sus linfas pierde
y cuelgan rosas de las altas peñas?

¿No vive aun el Alhambra entre los yerros
escombros de sus torres en ruina,
y alegre esconde el Albaicín en huertos
su muerte, al peso de la edad, vecina?

Oh! si no es que tenéis los trovadores
la gargantá sin voz ó el arpa rota,

id y cantad, las fuentes ni las flores
ni allí la antigua inspiracion se agota.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LÁGRIMAS.

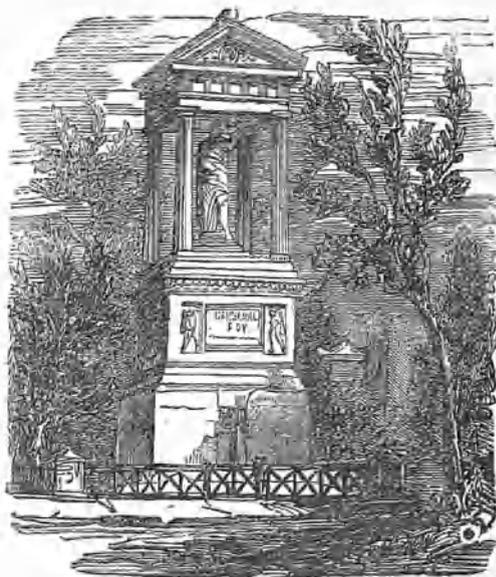
Candentes gotas de lloro,
romped la purpúrea valla
con que el orgullo del hombre
vuestro dulce curso ataja;
brotad, lágrimas queridas,
que me dais consuelo, lágrimas,
Cuando el corazón cansado
de padecimientos, calla;
cuando no lanza un suspiro,
cuando en su latir no exhala
gemidos entrecortados
que son la risa del alma;
infeliz del corazón
¡cuánto dolor le acompaña!...
Como el relámpago anuncia
el roncar de la tronada,
así sucede al gemido
la gota de hiel que arranca
del seno del padecer
el ángel de nuestra guarda,
Triste ¡ay! del triste que vierte
sin suspirar una lágrima,
que el silencio del dolor
en la tempestad del alma,
es el iris engañoso
ó es la centella que mata;
¿mas qué fueran sin el llanto
esas quejas escapadas?
en solitario desierto
el eco de tiernas cántigas,
requerimientos de amores
á una cancela cerrada;
brotad, lágrimas queridas
que me dais consuelo, lágrimas.

7 octubre.

EDUARDO GASSET.

Los hombres se muestran en las grandes cosas como les conviene mostrarse; en las pequeñas se manifiestan como son.

La variedad en las modas es el impuesto que la industria del pobre pone á la vanidad del rico.



(Sepulcro de Foy.)